miserable situación. El cargo que el desvalido dirige á los que le rodean desde su lecho de dolor, muere en las paredes del hospital, como un sonido sin eco, como un ¡ay! que no compadece nadie. Pero este cargo ni aun se formula; el temor lo impide; el que ve que le tratan mal, teme que le traten peor si reclama. ¿Qué sucede con los presos? La ley dispone que el juez los visite una vez á la semana para oir sus quejas si las tienen, y la ley, con una candidez fatal, cree que ha hecho cuanto podía hacer. No obstante, sólo una mínima parte de las quejas legítimas llegan á la autoridad que podía y debía evitarlas. ¿Por qué? Porque el juez pasa y el carcelero queda; porque el preso tiene menos medios para resistir á la opresión que su guardián para oprimirle; porque ante el abuso del fuerte vale poco la razón del débil, si no viene en su auxilio alguna mano poderosa y extraña movida por un generoso instinto. Esto sucede siempre que una turba mercenaria tiene autorización oficial para influir en la suerte de una multitud desvalida; pero en las casas de Beneficencia hay todavía otras circunstancias que hacen más indispensable la intervención de la caridad privada.

¿Cómo marcar exactamente al enfermero asalariado sus deberes para con el enfermo? ¿Será de reglamento el tono de voz con que ha de hablarle, las veces que ha de ayudarle á buscar una postura que no halla, la suavidad con que ha de cogerle para no lastimar sus doloridos miembros? ¿Cómo determinar exactamente en dónde terminan los deberes del enfermero, y cuándo empiezan los caprichos del enfermo? ¿Cómo prever todas las torturas con que puede martirizar á un desdichado el que no le compadece? ¿Cómo exigir de un mercenario la sublime paciencia que necesita un enfermo, que la pobreza hace grosero y el dolor injusto, y que tal vez por el estado anterior de su alma y el actual de su cuerpo es física y moralmente repugnante? ¿Quién sino la caridad santa, que *todo lo soporta*, puede ser incansable y prescindir, al auxiliar al que sufre, de todo menos de su miseria? ¿Quién sino la caridad adivina los gestos, espía los movimientos, halla palabras de consuelo en la situación más desesperada, tiene una excusa para cada falta y una lágrima para cada dolor? Absurdo sería pedir al cálculo lo que sólo puede dar la abnegación. Preguntábamos más arriba si al prescindir de la moral de los acogidos en las casas de Beneficencia, el Estado se proponía dar

á la sociedad malvados robustos. Si tal fuera su objeto, tampoco lo conseguía. No es posible apartar el cuerpo del hombre de su alma; la falta de caridad que deja sin auxilios su espíritu, influye para menoscabar sus fuerzas físicas.

Colocaos un día festivo á la puerta del Hospicio de Madrid (1); ved salir de dos en dos á esos

(1) Hace dos años escribíamos: «*colocaos á la puerta del Hospicio de Madrid*», y no *Entrad en el Hospicio de Madrid*, porque de pasar de la puerta hubiera sido preciso denunciar hechos tan poco verosímiles, que la verdad hubiera pasado probablemente por una exageración. Ahora qne el Hospicio de Madrid ha sufrido una transformación verdadera; ahora que los abusos pertenecen afortunadamente á la historia, recordaremos algunos, menos en corroboración de lo que hemos escrito, que para recordar que hay muchos establecimientos en España en que las reformas son tan necesarias como lo eran en el Hospicio de Madrid. Lo que habría que decir de este establecimiento no cabe en una nota, apenas cabría en un libro; citaremos algunos hechos, de los cuales se puede inferir el estado en que se hallaba. Si el que quería visitarle se detenía un poco, llevaba como recuerdo los insectos más repugnantes, que eran allí una verdadera plaga. Las camas tardaban en mudarse seis ó siete meses. La comida era malísima; llegó el caso de faltar carne para el caldo de los enfermos. Las enfermedades frecuentes, y algunas epidémicas, como las oftalmías: los niños entraban con la vista perfectamente sana y salían ciegos. Los locales

desdichados huérfanos que reciben el amargo pan de la Beneficencia. En vano buscáis en sus

acondicionados de tal modo, que, por ejemplo, las Hermanas de la Caridad podía decirse que estaban acampadas, en términos que un simple catarro se hacía mortal por la imposibilidad de cuidarle: en un invierno, de diez y ocho Hermanas, murieron cinco.

La educación ofrecía el cuadro más triste. Se mandaban los jóvenes á los talleres, sin saber leer ni escribir, ni a doctrina cristiana. Se castigaba con dureza, con crueldad, y con tan buen resultado, que los acogidos no tenían idea de pundonor, y por muchas de sus acciones manifestaban haber perdido el respeto á las cosas más santas: el desorden era la regla.

Ahora todo ha cambiado; la falta de ruido, que llama la atención al entrar, prueba que hay orden. En un local, en que aprenden doscientos y tantos niños, tienen que deciros: *esa es la puerta de la escuela:* tan religioso es el silencio, que no lo adivináis. Lo que sí adivinaréis al momento es que el maestro ha nacido para enseñar, que es el padre de tantos infelices que no le tienen, y á quienes conduce no por el temor, sino por el cariño. ¡Con qué complacencia os hace notar los progresos de sus discípulos, la gallardía de la letra, la limpieza de las planas, el mérito de aquel niño manco que escribe con tanta perfección, la buena conducta de todos, que, con ser tantos, no sustraen un libro, un pliego de papel! Y si al salir le dais la mano y las gracias, en nombre de la humanidad, por su inteligencia y su celo en favor de aquellos infelices, ¡cómo os agradece esta justicia que le hacéis en vuestro corazón y sin más testigo que Dios!

miembros los signos de la fuerza, ni en su rostro la jovialidad y la belleza propias de la in-

En la escuela, ó en los talleres, ó presidiendo las obras que ha emprendido, y donde quiera que haga falta, encontraréis infaliblemente al Director. No importa que no le conozcáis, que no llevéis ninguna recomendación; en cuanto comprenda, y lo comprenderá muy pronto, que os interesáis en la suerte de los acogidos, y apreciais los esfuerzos que hace por mejorar su condición, lo dejará todo para manifestaros lo mucho que ha hecho, y explicaros lo muchísimo que piensa hacer. Veréis con qué paternal complacencia os enseña la bellísima escuela de párvulos que acaba de concluir, los ventilados dormitorios donde no hay un insecto, el gimnasio y el lavatorio que está construyendo, el local donde piensa establecer una imprenta, etc., etc. «Aquí, dice, quiero hacer una sala de convalecencia; los convalecientes me los traen del hospital en un estado lastimoso, y no sé qué hacer de ellos; no pueden volver al hospital porque dicen que están curados, ni á las brigadas porque no están buenos. ¡Me hace tanta falta esta sala! Están haciéndose camas de hierro, y con la tabla de las que había voy á entarimar la escuela, porque este polvillo de las baldosas, sobre ser sucio, perjudica á la vista de los niños. Aquí van á colocarse las camas de los ancianos, para que tengan que subir pocas escaleras.» Por poca práctica que tengáis de estas cosas, comprenderéis que el hombre que así habla no es *un empleado*, y al despediros le daréis bien cordialmente la mano deseándole en vuestro corazón una larga vida para bien de los acogidos en el Hospicio. No hay para qué decir que no se los trata con dureza, que nadie pone la mano

fancia. Raquíticos, escrofulosos, pálidos, endebles, llevan escritos en su deprimida frente los

sobre ningún niño, que han desaparecido los antiguos castigos. Esto no es menester que os lo digan; lo adivináis al instante. La crueldad hace á los niños duros, suspicaces, hostiles para con sus superiores, y esta hostilidad es extensiva á las personas que los visitan con ellos. Recorred hoy el Hospicio de Madrid con su Director, y no recibiréis esos saludos forzados, esas miradas oblicuas, ese odio reflejado que hace tanto mal. Si entráis, por ejemplo, en el comedor cuando los niños van á comer, veréis cuántas manos se alzan con su media libreta, y cuántas voces argentinas dicen: «¿Quiere usted pan?» Los pobres no tienen otra cosa con que agasajaros. ¡Y cómo les agradeceréis el obsequio! ¡Y qué de lo íntimo de vuestra alma les desearéis buena suerte! ¡Y con qué dificultad contendréis una lágrima! ¡Y cómo os ocurrirá la idea de comer de aquel pan, imaginando que, como el bendito por la Iglesia, tiene el poder de perdonar los pecados!

Con la suciedad y el abandono han desaparecido las enfermedades; es tan difícil hallar unos ojos malos, como antes lo era ver algunos que no lo estuviesen. A todo esto contribuye mucho la abundancia de agua. Tiene actualmente el Hospicio de Madrid toda el agua que necesita; se ha construído un hermoso lavadero con todo lo necesario para hacer las coladas, donde se lava toda la ropa de la casa; y solo desde que existe puede decirse que los acogidos al Hospicio se ponen ropa limpia. Se han hecho obras en algunos dormitorios; escuelas para las niñas, con la debida separación de edades; las Hermanas de la Caridad ya no están acampadas, tienen su dormitorio bien

signos de la degradación física; y es que el amor es para el niño lo que el sol para las flores; no

---

acondicionado, su cocina, su comedor, su sala de labor, su oratorio, etc., etc. Hay una pieza que llama la atención por su lujo, y es el lavatorio de las niñas, cuyo suelo es de mármol, las paredes estucadas, etc., etc. ¿Quién ha proporcionado los cuantiosos fondos que en todas estas obras se han invertido? ¿Quién ha buscado personas á propósito para que todas estas reformas se realicen? ¿Quién tiene todos estos cuidados paternales? El Sr. Marqués de la Vega de Armijo.

Sabemos que no hace el bien para que se diga, que oculta sus virtudes tan cuidadosamente como otros sus vicios; pero esperamos que nos perdonará el haberle denunciado con nuestra débil voz al respeto y á la gratitud de las personas caritativas. ¡Suena tan dulce un nombre que se escucha entre las bendiciones de los desvalidos, que es imposible no repetirle! ¡Desdichada la época en que la bondad que excede ciertos límites puede pasar desapercibida! ¡Desdichado el pueblo que al ver escritos ciertos nombres no lee: *Aprende y consuélate!*

Es bien decir á los avaros que el actual Gobernador de Madrid deja su sueldo en favor de los establecimientos de Beneficencia; á los ociosos, que halla tiempo para visitarlos frecuentemente; á los hipócritas, que no consiente ninguna señal ostensible que patentice su bondad y sus beneficios. Las Hermanas de la Caridad quisieron darle una prueba de gratitud escribiendo sobre la puerta de su habitación que había sido hecha con el sueldo del señor Marqués. Llega éste; ve la piedra en que el agradecimieto ha grabado su nombre, y manda quitarla inmediatamente:

le basta pan, necesita caricias para ser bueno y para ser fuerte.

Repetimos, pues, que si el Estado hiciese los mayores sacrificios pecuniarios, y desplegase el mayor celo en favor de las casas de Beneficencia, podría decir como el Apóstol: *si no tengo caridad, nada me aprovecha.* En efecto, la Benefi-

---

en vano se le ruega; es inexorable; la piedra se quita, y las Hermanas la guardan. De vez en cuando sale del lugar adonde fué relegada; las virtuosas mujeres la sostienen en sus brazos contando su historia, y la inscripción se lee con mucho más interés y con mucho más respeto que si estuviera sobre la puerta. La vista de aquel mármol blanco nos conmovió profundamente. Nuestra imaginación lúgubre vió en él la lápida de un sepulcro, con que tiene mucha semejanza. Nuestros ojos dejaron de leer las letras allí grabadas, que sustituímos con este epitafio: REHUSÓ LOS ELOGIOS QUE MERECÍA.

El Marqués de la Vega de Armijo va con frecuencia á los establecimientos benéficos, pero no tanto como desearía, y ha comisionado á la Sra. Marquesa de Viluma para que visite el Hospicio. ¿Sabéis quién es la Marquesa de Viluma? Preguntádselo á aquella mujer que, sumida en la miseria, prefiere su visita *sin nada*, á la de otra que le lleve socorros materiales; á la inocente encarcelada que le debe su libertad y su honra; á la que ha sacado del abismo del vicio, y al borde de él, y próxima á volver á caer, se detiene más que por el temor de Dios, por el temor de afligirla; á la que le debe su honor, el de su fa-

cencia sin la caridad no puede auxiliar al desvalido ni aun materialmente, aunque para ello haga todos los esfuerzos imaginables.

¿Pero estos esfuerzos los hace? ¿Es probable que los haga abandonada á sus solas fuerzas? Muy distante se halla de eso, al menos en nuestra patria y en nuestra época.

Los establecimientos de Beneficencia no tienen realmente los medios pecuniarios indispensables para ofrecer al enfermo y al desvalido lo que su estado reclama, ni los tendrá mientras la caridad no clame muy alto en todas partes y siempre; mientras no se descorra el velo que cubre tantas impiedades y tantos dolores; mientras el ojo de la opinión pública no penetre en los asilos piadosos; mientras los sufrimientos no se arrojen al rostro del que puede evitarlos y dejen en él una marca indeleble de infamia.

---

milia y probablemente la vida; á la que, padeciendo una tristeza congénita que ningún remedio alivia, se consuela al escucharla, y siente pasar sobre su corazón como un perfume de esperanza. Preguntad á todas estas criaturas quién es la Marquesa de Viluma, y ellas os lo dirán. Pero no, no lo podrán decir; vos lo adivinaréis, porque al pronunciar el nombre querido, sus ojos, llenos de lágrimas, se volverán hacia el cielo.

Os dirán tal vez que el Estado es pobre, que la Beneficencia no puede tener lujo, que da *lo necesario*. ¡Lo necesario! Es bien elástica esta palabra; parapetados con ella podemos recorrer una escala casi infinita de injusticias y de penalidades. ¿Y quién fija su verdadera significación? Los poseedores de lo superfluo piden á los indiferentes la medida de lo *necesario* para los desdichados. La indiferencia mide, la felicidad toma nota y la desgracia sucumbe. Son ya *necesarios* los termómetros en las caballerizas, y en establecimientos de Beneficencia donde había lo *necesario*, se han muerto de frío los enfermos, literalmente de frío. ¿Qué diríais si se encargase el presupuesto de una máquina al que no fuese mecánico, el de un camino al que no fuese ingeniero? Clamaríais: *¡absurdo!* ¿Hasta cuándo los absurdos del mundo moral han de parecer menos repugnantes que los del mundo físico? ¿No es tiempo ya de comprender que la ciencia moral tiene verdades tan evidentes como las otras ciencias, siendo una de ellas que el egoísmo es mal apreciador de los sufrimientos ajenos? Sólo la caridad puede formar el presupuesto de un asilo piadoso, porque sólo ella *siente* las necesidades de los que allí sufren. Los indiferentes

son en el mundo moral una especie de miserables, á quienes parece lujo todo lo que no es miseria, y ellos son, no obstante, los jueces de las necesidades del desvalido y los encargados de remediarlas: apresuremos el día en que se ponga fin á tan absurda impiedad.

Mientras la caridad no penetre en los asilos de Beneficencia, no se obtendrá lo necesario, no se comprenderá siquiera; y hablamos de lo necesario en el orden material. ¿Cómo se proveerá, pues, á las necesidades del alma?

¿Quién sino la caridad sufrirá paciente las debilidades de la infancia y de la decrepitud? ¿Quién servirá de guía al niño en el camino de la vida, quién de apoyo al anciano en el que le conduce á la muerte? ¿Quién dará esas lecciones que sólo el ejemplo hace provechosas, quién inspirará esos sentimientos que sólo el amor inocula? ¿Quién hará mirar como sagrada la debilidad de la infancia y de la vejez, que hoy son un objeto de burla, y restablecerá la armonía que hay en los dos extremos de la existencia, hoy rota por culpa de todos en los asilos piadosos? ¿Quién espiará la oportunidad de dar una reprensión, una lección, un consejo? ¿Quién adivinará cuándo entra una ráfaga de luz en las

tinieblas de una conciencia extraviada? Quién opondrá á los sofismas del mal las inspiraciones del corazón? ¿Quién sabrá cuándo se puede leer con fruto la página de un libro devoto, ni cuándo se puede recitar una oración al que ha muchos años que no se acuerda de Dios? ¿Quién tendrá esperanza de rehabilitar á la pobre mujer extraviada, cuya vida parece como un naufragio que se ha tragado cuanto bueno había recibido de Dios su alma, y, como el mar, sólo arroja el cuerpo en putrefacción? La caridad, sólo la caridad. Aislándose de ella, la Beneficencia ni educa al niño, ni consuela al anciano, ni moraliza al enfermo; es como un cuerpo sin alma.

IV.

Existen en la sociedad los elementos necesarios para consolar todos los dolores; no hay más que armonizarlos.

No se concibe sin dolor el mundo moral: las lágrimas son un elemento de su armonía, como las erupciones volcánicas forman parte de la del mundo físico: parece que ni la atmósfera ni el corazón del hombre pueden purificarse sin tempestades.